

DEL COMERCIO

de Aparicio”, el mismo comercio que salió ardiendo una noche de septiembre de hace cerca de cien años, convirtiendo en cenizas un lateral de la plaza. El de Ruperto Baras, donde podían adquirirse toda clase de tejidos, incluidas las famosas mantas de Palencia, o las bayetas de Teruel, Pradoluengo y, por supuesto, las atencinas, con fama entonces por toda la provincia.



En el entorno de la plaza no faltaban las calles comerciales, la de Cervantes, anteriormente Zapatería, con su comercio y casas señoriales, donde habitaba lo más ilustre de la sociedad no sólo atencina, también guadalajareña. La del Aguila, posterior de Layna Serrano, con sus comercios e increíbles vistas hacia el valle de Atienza; los callejones de San Pedro, por donde podía encontrarse algún que otro taller de carpintería o zapatería y, por supuesto, el callejón de las plazuelas, puerta divisoria entre el antes y el después de la villa, separadas por el portón del arco de San Juan.

Cualquier sábado, de cualquier mes del año, el entorno de la plaza se convertía en un laberinto de labriegos, de *“forasteros”*, definiendo en esa palabreja a todo aquel que era llegado de fuera, o de *“praineros”*, enlazando en el apelativo no sólo a los vecinos de Prádena de Atienza, sino de toda la Serranía. Cuando los unos llegaban a vender, instalando en la plaza su tenderete con unos sacos de grano; y los otros a comprar, llenando las alforjas, siempre al hombro, con todos aquellos *“compromisos”* adquiridos antes de abandonar, de madrugada y entre sombras, sus respectivas localidades.

La gran plaza, tantas veces retratada a través de la mirada de viajeros, historiadores o simples curiosos anotadores de una excursión de fin de semana, es, al día de hoy, un espacio silencioso, aun conservando, como reseña de lo que fue, el entramado de sus soportales uncidos los unos a la madera siempre viva; los otros al granito labrado en orlas y escudos; al igual que los emblemáticos alerones de algunas de sus fachadas, distinguiendo a través de ellos las vidas que albergaron.

La gran plaza por excelencia de Atienza ha seguido un destino parejo a la Serranía de su nombre, se ha ido apagando, aplanando al peso del tiempo, de la emigración, del irse extinguiendo las vidas de los pueblos del entorno.